

NEMESIO ANTUNEZ

EL POETA PINTOR DEL MUSEO

MARIA TERESA DIEZ

Alto, de hermosa cabeza blanca, facciones muy finas y ojos dispuestos a observarlo todo con una curiosidad que recuerda la de un niño. Así es Nemesio Antúnez.

Por segunda vez, lo nombran director del Museo Nacional de Bellas Artes (la primera, entre 1969 y 1973). Se pasea, con su porte imponente, bajo la cúpula de vidrio, y más de alguien que no lo conoce

podría creer que este pintor famoso, que parece patrón de fundo, es difícil de abordar.

Pero, de inmediato, Nemesio Antúnez echa por tierra las suposiciones: se detiene a cada momento, y escucha con atención a cuanta persona se le acerca. Es necesario arrancarlo de tanta

solicitud, y lograr que al fin se instale a conversar. Se sienta muy derecho y relajado. Ninguna pregunta le molesta, incluyendo las relacionadas con su enfermedad.

-¿Cómo superó el cáncer?

-Con tozudez. Soy muy porfiado, y tengo muchas ganas de vivir. Hay tanto que hacer. Necesito pintar. Aunque me duela la espalda por la operación al pulmón, pinto y pinto, no puedo perder el tiempo. Porque desde muy joven tuve conciencia del tiempo.

-¿Le tiene miedo a la muerte?

-No, en absoluto; me operaron dos veces, la últi-

ma en enero de este año. Al entrar al quirófano, me despedí de mis amigos, bromeando. Estaba tranquilo, en serio. No quiero irme todavía, pero tampoco tengo miedo a morir, porque hice todo lo que he querido.

-¿Qué siente respecto a Dios?

-No sé si Dios existe; estuve en un colegio católico y creo que sin duda existe algo superior, no soy nadie para negarlo, ni estoy contra la religión; al contrario.

-¿Piensa que es privilegiado?

-Sí, reconozco que nací privilegiado. Tuve una infancia muy feliz. Era un niño tímido y sensible. Mi mamá me decía que era "bueno como el pan".

-¿Qué recuerdos tiene de su infancia?

-Mi colección de tarjetas postales con pinturas que luego vi en los museos europeos. Mis tres hermanos y yo éramos felices. A mi madre le gustaban las cosas bellas, nuestra casa era una muestra. Mi padre era muy convencional y amable, un *pater familias*. Quería que yo fuera un importante corredor de propiedades, como él.

-¿Cómo nació su amor por el arte?

-Durante un viaje, y fue gracias a mi buena suerte: estudiaba en los Padres Franceses, y en el último año obtuve el primer premio de oratoria en francés. Reconozco que debió ganarlo José Piñera, el otro candidato, pero así es la vida. El premio consistía en viajar a Francia en un carguero francés. Yo tenía 17 años y era el único pasajero. Me costó dejar a mi familia, pero ese viaje marcó mi vida. Fui como una palta que maduró muy rápido, envuelta en papel de diario.

-¿Qué tipo de pintura lo impresionó?

-En ese sentido, el golpe de gracia fue la Exposición de Arte Contemporáneo Español en el museo Jeu de Paume, 1936. Conocí los Picasso, los Juan ▷

Su padre quería que fuera corredor de propiedades, pero a él le gustaba coleccionar tarjetas postales con cuadros. Nunca estudió pintura, pero 30 museos en todo el mundo poseen obras suyas.



VISA 43

Gris y Miró. Se agigantó mi entusiasmo por el arte.

—¿Qué le pareció a su familia que estudiara arquitectura?

—Mi padre estuvo conforme, porque imaginó que haríamos loteos, edificios, casas, uniendo el talento y las relaciones sociales.

UN DOS EN ACUARELA

—¿Y cómo le fue en la Escuela?

—Muy bien, era un alumno de 6 y 7. No me gustaban las matemáticas, pero me las arreglaba con la intuición, más que con la razón. Mis perspectivas y soluciones rompían los esquemas. Me gusta la

arquitectura, y lo que aprendí fue fundamental en mi pintura.

—¿Qué le pareció a su familia que decidiera pintar?

—Fue un drama. Mi padre se sintió muy desilusionado, y dijo que no era racional que un arquitecto con mis posibilidades se dedicara a pintar.

—¿Quién lo apoyó o le dio ánimos?

—¡Nadie, absolutamente nadie! Le prometo que nunca recibí un halago. Al contrario, Ignacio Baixas, un profesor catalán, me puso un dos en acuarela.

“Antúnez, esto pasó de castaño oscuro”, decía. En 1943 obtuvo la beca Fullbright, y estudió un Master en Arquitectura en la Universidad de Columbia, Estados Unidos. En el barco, mientras Nemesio pintaba atardeceres, Claudio Arrau ensayaba “en mudo” en un teclado de piano que escondía en caja de cuero.

EN EL CLOSET DE NERUDA

—¿Cómo se ganó la vida antes de ser famoso?

—Cuando se acabó la beca y no recibí ni un peso de mi familia, hice figuras de *papier maché*, fabriqué marcos, pinté muros y telones de fondo para fotografías de moda. Después fui compaginador de la revista *Ladies Home Journal*. Dedicaba la mitad del mes a pintar.

Recuerda que de las oficinas de la revista, en el piso 31 del Rockefeller Center, “el hombre es una hormiga que cruza las calles...” Esas multitudes

se transformaron en uno de sus temas importantes.

—¿Cómo le fue como pintor en Nueva York?

—No puedo quejarme. En 1945 hice mi primera exposición individual. Y trabajé en el taller de grabado de Hayter y en el de litografía de Blackburn. Pero nunca estudié pintura. Las formas y colores me salían así, espontáneas y siempre de manera irreprimible.

Fue también en Nueva York donde se casó. Primero con Inés Figueroa y luego con su actual mujer, la artista boliviana Patricia Velasco, tan serena como él. Con sus hijos (“mis amigos”) dice tener muy buenas relaciones. De su primer matrimonio nacieron Pablo, 45, que trabaja en una editorial en Barcelona, y Manuela, 34, quien diseña ropa en Ibiza. Con Patricia tuvo a Guillermina, 18, alumna del Saint George, que estudiará Arte.

“Me gusta vivir en pareja —dice—. Es muy importante tener amor, diálogo, apoyo, confianza, amistad”.

—A propósito de amistad, ¿cómo conoció a Pablo Neruda, de quien fue tan amigo?

—De la manera más graciosa y menos convencional que se pueda imaginar. Tuve que viajar a México porque se terminó mi visa. Yo no conocía a Neruda, pero lo llamé por teléfono. Pablo y su esposa Delia del Carril, La Hormiga, me alojaron en el único lugar disponible: el closet de su dormitorio, donde cabía justo un colchón. “Habla el pintor del closet, ¿puedo salir?”, preguntaba yo cada mañana. Esa amistad nunca terminaría, ni siquiera con su muerte.

VIVIR EL SURREALISMO

—Algunos críticos de arte lo califican de neo-realista, otros de surrealista, ¿dónde se ubica usted?

—En ningún movimiento en especial. ¿Qué tengo que ver yo con el gran Dalí? Soy contemporáneo, y un poeta de lo visual. Claro que, para vivir, somos todos surrealistas en Sudamérica. Aquí, un gallo sale con una cabra, hacen la chancha y se suben a una burra. Eso es surrealismo. Y está presente en todo, en la geografía y en la política. García Márquez no inventa nada.

—¿Qué pasó con el Taller 99, que usted fundó y dirigió, y donde se formaron los mejores grabadores chilenos?

—El primero funcionó entre 1955 y 1963. Eramos un buen grupo, unido y trabajador. Cuando regresé, hace seis años, lo formé de nuevo. Funciona muy bien en la Casa Larga, de Bellavista. Hay unos cien grabadores de todo Chile esperando entrar. Fíjese que mis alumnos son ahora profesores universitarios, y yo, en cambio, nunca pude enseñar en la Escuela de Arte de la Universidad Católica, de la que soy cofundador. En la Universidad de Chile di examen y fui nombrado profesor ex▷

“Pinto y pinto. No puedo perder el tiempo, porque desde muy joven tuve conciencia de él”.

traordinario, pero no sé por qué no llegué a hacer clases.

ACTOR DE CINE

Con esa temprana conciencia del tiempo, planificó su vida y logró hacer lo que quiso. Y eso es mucho: más de 70 exposiciones individuales (la primera en 1943; la última en julio de 1990, en la Galería Praxis), 14 álbumes de grabados, portadas de libros y discos, ilustración de 16 ediciones literarias, 12 honores y premios dentro y fuera de Chile.

Más de 30 museos internacionales poseen obras suyas, fue agregado cultural de Chile en Estados Unidos, es miembro académico del Instituto de Chile. Y en 1988 se publicó su libro "Carta Aérea", dedicado a su hijo Pablo, un hermoso testimonio de su vida y de su pintura.

—¿Y su única pasión es la pintura?

—Ah, no, me gusta muchísimo la poesía. Huidobro, la Mistral, Neruda, Arteche, Parra, toda la poesía.

—Se ve tan tranquilo y mesurado, ¿confiesa alguna locura?

—Locura e impertinencia fue, por ejemplo, que un grupo de la Escuela de Arquitectura le pidiera a la gran Margarita Xirgu que nos enseñara a actuar. No me explico tanta audacia. Ella dijo que sí.

—¿Ha actuado alguna vez?

—Sí, y fue una buena experiencia. En dos películas de Raúl Ruiz; en una fui patrón de fundo y en otra, senador de derecha. En "Estado de Sitio", de Costa Gavras, interpreté al presidente uruguayo Pacheco Areco, un papel que duró cinco minutos. Fui el padre en "Los Trasplantados", basada en la novela de Blest Gana. En Londres hice una película surrealista.

SIN ETIQUETAS POLITICAS

—¿Por qué aceptó ser director del museo, si dice que quiere pintar?

—Fue una decisión muy difícil, fueron a sacarme de

mi taller. Acepté porque quiero que el museo se convierta en algo digno del momento que vivimos.

—¿Qué cambios hará?

—No hay dinero para grandes cambios físicos. Vamos a trasladar la biblioteca, para crear un espacio destinado a música y conferencias. Terminaremos la cafetería. Y quiero abrir el museo a todo el mundo. En Canal Nacional voy a hacer el programa "Ojo con el Arte", que antes hice en Canal 13, para decir a todos los chilenos ¡vengan al museo!

—¿Tiene en carpeta una exposición importante?

—Quiero invitar a pintores, escultores, videístas, grabadores, fotógrafos, a exponer su obra en esta primavera. Para llenar la Sala Matta y el hall central. Se llamará "Museo Abierto".

—¿Y los problemas?

—Los de siempre: dinero, dinero, dinero. En este momento, el museo tiene en caja 130 mil pesos. Y hay tanto que hacer.

—Pero, usted que es un organizador con imaginación, ¿no puede inventar fórmulas para conseguir financiamiento?

—Ah, eso sí, claro que puedo, y tengo muchas ideas. Pero si reunimos fondos tienen que ir a la Dirección General de Bibliotecas, Archivos y Museos. Entonces, tengo que pedir de vuelta esos dineros y ellos los entregan parcelados. El museo no tiene cuenta propia. Y no me pregunte las razones, no entiendo... Debiera existir una Dirección de Museos independientes.

—¿Ha tenido problemas políticos con la gente que estaba cuando usted asumió?

—¿Problemas políticos? Aquí no cabe la política. Apenas llegué, les dije a todos que aquí no hay pasado ni etiquetas políticas, sólo existe una sola camiseta, la del museo.

—¿Despidió a alguna persona?

—No, a nadie, y no se me ocurriría hacerlo. Yo no sé lo que es fanatismo político, y no podría perseguir o despedir a alguien por sus ideas.

La pobreza de recursos, la burocracia y las barreras a la imaginación no logran matar su humor.

—También quiero hacer una fiesta de los artistas, con las mujeres de traje largo y los hombres de jeans... —dice con picardía, gozando la idea.

Son 72 años que no le pesan. Para quien lo dude, ahí está su obra. Bicicletas, cucharas, manteles, volantines. Camas, "ese mueble horrible donde pasamos un tercio de nuestras vidas, donde nacemos, amamos y morimos". Estadios, multitudes, la cordillera andina. Tango de parejas entrelazadas. Ternura, dolor, muerte y vida.

En el momento de las fotografías, aparece el actor, que sabe posar a la perfección.

—¿Por qué abre así los ojos?

—Porque con la edad se caen, ¿ves?, y hay que saber levantarlos... ▣

No le pesan los 72 años: "Con la edad se caen los ojos, pero hay que saber levantarlos".

